esa algarabía? Con eso no reunirán los pedazos del difunto... Además, no era un matrimonio modelo... Cuando él vivía, ella no pensaba más que en deshacerse de él. Y ahora...

—¡Y ahora no le pedimos su opinión!—gritó indignado el comisario—. ¡Cállese! ¡Cabo, haga salir a este hombre!

El cabo condujo a *Buif* a la puerta de la alcaldía, y le dijo amablemente:

—¡Y ahora, lárgate! ¡De prisa!... A menos que las botas no te hagan daño—añadió lanzando una irónica mirada al lamentable calzado de Bicard.

—¡Ca, nada de eso!—contestó graciosamente *Buif*, que quería a toda costa decir la última palabra—. No son mis botas las que me molestan, sino las de usted; pero estando libre para correr, las puedo soportar muy bien.

Al gendarme no se le ocurrió qué contestar, y regresó a su puesto.

Llevaron a la señora de Simons ante el cadáver mutilado, y la prueba fué terminante.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es él, lo reconozco!—exclamó.

Los magistrados no se preguntaron cómo podía reconocerse un ser querido en aquellos restos informes, pues sabían que se puede confiar en ese admirable instinto de la esposa, que, como la voz de la sangre, no engaña jamás.

Sin embargo, por esa prudencia tradicional, norma de nuestra magistratura, esperaron, antes de extender el acta de defunción, las declaraciones del entrenador Hexam y de su esposa.

El entrenador Hexam dió explicaciones comedidas y razonables, pues el día no estaba muy avanzado y sólo había bebido siete u ocho *whiskys* después del almuerzo. Dijo que se dió cuenta de la ausencia de su mozo Simons el domingo po, la mañana, al descubrir que el caballo *Galipette* confiado al cuidado de Simons, había sufrido un accidente en la cuadra. Se informó y supo que Simons no había sido visto por el personal de las cuadras desde el sábado por la noche.

No obstante, el dueño de un bar situado no lejos de las cuadras afirmaba que el mozo Simons, borracho ya, había estado en su establecimiento hacia las once de la noche, acompañado de un individuo de aspecto sospechoso. Como negóse a servirles bebidas, Simons sacó de su bolsillo un puñado de billetes de banco, y con la fanfarronería demostrativa de un borracho los mostró gritando que tenía con qué pagar. Luego, los dos hombres se marcharon.

La esposa de Hexam confirmó los informes dados por su marido. Esta mujer era bonita y rubia (algunos hasta la encontraban demasiado rubia), muy parisién de raza y de aspecto, y había hecho la felicidad de muchos deportistas antes de hacer la de su marido.

Según se decía, Hexam, apenas desembarcado de América, se había casado con ella en un mo-

mento de locura; pero, en realidad, lo que hizo fué un excelente negocio. La cabellera rubia, los labios rojos y las aventuras anteriores de su esposa hicieron inmediatamente un gran reclamo a su establecimiento de entrenamiento.

Si tenía en su casa los caballos del conde de Lestrivière, todo el mundo estaba al corriente de que ello se debía a una encornadura de buena ley. Sólo él creía que era gracias a sus propios méritos... Hexam ganaba mucho siendo cornudo.

En el momento en que su señora se presentó, para declarar, ante los magistrados, no estaba muy hermosa. Pálida, abatida, con los ojos hinchados de una persona que no ha dormido o que ha llorado mucho, parecía inferior a sus aventuras. Era natural que así fuera. Estas historias son muy desagradables para un ama de casa. Además, la compasión que sentía la señora Hexam por la desgracia de la de Simons, denotaba un buen corazón.

De haber quedado alguna duda sobre la identidad del difunto, habría desaparecido con el descubrimiento de la gorra del desgraciado mozo en el parque de Maisons. La gorra, manchada de sangre, fué encontrada por un guardia.

—¡Vaya! No hemos perdido el tiempo—dijo satisfecho el fiscal—. El juzgado está aquí desde hace hora y media, y ya ha sido identificada la víctima.

Naturalmente, el fiscal felicitábase de buena fe de su perspicacia, y continuó:

—El móvil del crimen es seguramente el robo,

pues toque Simons guardaba en sus bolsillos billetes de banco. Habrá que averiguar de dónde le venía ese dinero. Y ahora sólo nos falta descubrir al asesino.

—Tengo una idea sobre este particular—dijo el comisario—. Con los datos que le reservo, el juez que se encargue de la instrucción hallará fácil su tarea... Lo único que me desorienta un poco es que lo hayan despedazado. ¿Para qué? El asesino tenía que suponer que la víctima no tardaría en ser identificada.

—¡Vaya usted a saber! Hay criminales que ponen siempre en su trabajo una curiosa preocupación artística y algo de fantasía... Son verdaderos *dilettantes*, amigo mío...

Un ordenanza de la alcaldía se acercó a los magistrados, con una tarjeta de visita en la mano.

—Es un señor que viene de París para hablar con ustedes.

El comisario de policía miró la tarjeta y la tendió, haciendo un gesto despectivo, al fiscal.

ERNESTO LAFRITA

Redactor de *El Gran Diario*.

—Ya se nos han echado encima los periodistas. ¡Qué plaga! ¿Cómo han olido el crimen? Parece increíble... Dígale a este señor que... que hemos salido.

Pero Ernesto Lafrita se adelantó en persona, con un aparato fotográfico en una mano y la sonrisa en los labios.

Ernesto Lafrita era un hombrecillo de unos treinta años, con una barbilla en punta, de mirada agudá y penetrante, aspecto resuelto y nervioso y de una increíble vivacidad de movimientos...

—Señores, me envía *El Gran Diario*. Hemos tenido noticia del sensacional crimen de Maisons, y quisiéramos obtener detalles y algunas fotografías.

—¡Cierre eso inmediatamente!—gritó indignado el comisario señalando la máquina fotográfica—. ¡Es capaz de enfocarnos a nosotros! ¡Qué desfachatez!

El fiscal intervino diciendo fríamente:

—Caballero, la justicia sigue su curso. Ejercemos nuestra profesión y no tenemos por qué ayudarle en la de usted... No, no verá el cuerpo, es inútil... Dentro de un cuarto de hora sale un tren para París... Adiós, caballero.

Ernesto Lafrita se encontró en la calle.

—¡Y pensar que de esta *interview*—murmuró—he de sacar seis columnas de prosa para mi periódico!... ¡Delicioso! Comenzaré por ir a fotografiar el lugar del crimen.

La primera persona que encontró le indicó el camino, pues todo el pueblo lo había visitado ya.

Cuando penetró en el Parque vió a *Buif*, que iba delante de él, con la cabeza baja.

—¡Bicard!

—¡Buenos días, Lafrita!

El periodista frecuentaba mucho los hipódromos, donde perdía regularmente todo el dinero que tenía, y hasta el que no tenía. En los hipódromos suburbanos había conocido a *Buif*, que le sedujo por su pintoresca manera de ser y al que no dejaba de comprarle, por veinte céntimos, sus martingalas infalibles... que algunas veces eran ciertas. Cuando no lo eran y el caballo se quedaba a mitad de la pista, no le guardaba rencor.

—¿No va hoy a Saint-Ouen, señor Lafrita?

—No... Con este crimen, he tenido que venir aquí... Y creo que he perdido el tiempo.

—Como yo... Esos señores de la policía querían celebrar una entrevista conmigo... Porque yo estaba en el lugar del suceso cuando se descubrió el cadáver... Todos se empeñan en que es Simons... un mozo de cuadra de Hexam... A mí lo mismo me da, pero es una idiotez... Después de todo, esos señores no han estado muy correctos conmigo.

Lafrita, que, por lo que a él se refería, opinaba lo mismo, preguntó a *Buif* algunos detalles y, hablando, pasaron la villa que habitaba el doctor Boudon.

Bicard y el periodista penetraron en el bosque. El día comenzaba a declinar.

—En ese árbol estaba... con la cabeza abajo—dijo *Buif* estremeciéndose y bajando la voz—. Todavía están las moscas alrededor del árbol... ¡Qué animales más cochinos!

Mientras el repórter tomaba una fotografía, Bicard se bajó de pronto para recoger algo.

—¡Calla! ¿Qué es este chisme? ¡Qué gracia tiene! Es un artefacto que jamás había visto. ¡Y justo en el sitio en que estaba colgado ese pobre tipo!

Lafrita se acercó inmediatamente y, cuando hubo examinado el objeto, quedó tan sorprendido como *Buif*.

—Sería curioso—murmuró—. Pero habiendo pasado tanta gente por aquí, ¿cómo no lo ha recogido nadie?

—Es que estaba clavado en el suelo y parecía una piedra debajo del pie; lo he visto por casualidad... Si hubiera sido un billete de mil, tenga la seguridad de que no lo habría encontrado... ¿Pero qué es?

—Oye—dijo Lafrita, contestando con una pregunta—, ¿sabes si el mozo Simons usaba dentadura postiza?

—¿Qué?

—Si sus dientes eran falsos.

—¿Falsos? Tenía una «barra» que los dentistas se morirían de hambre si hubiera muchas como la de él. ¡Qué estupenda caja de dominó! Era capaz de moler la cebada de sus caballos. ¿Pero por qué me pregunta eso?

—No, por nada—contestó el periodista metiéndose el objeto en el bolsillo.

Y recurrió a un subterfugio infalible para desviar la curiosidad de *Buif*.

—Oye, Bicard. ¿Hay un café cerca? ¿Quieres tomar una pequeña copa para reponerte de tantas emociones?

—Si le es igual tomaré dos grandes—se limitó a contestar *Buif*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30182

CAPITULO IV

LITERATURA

Como repórter dependía Lafrita, en *El Gran Diario*, directamente del señor Bidasse.

El señor Bidasse era un gran cretino que tuvo un día una idea genial.

Con el director de *El Gran Diario* contrató, por un tanto alzado, la sección de Sucesos del periódico, y cuando se perpetraba un asesinato en París, un estupro, una fechoría de cualquier sátiro, el señor Bidasse debía llenar la primera página de *El Gran Diario* con el relato detallado del crimen. Cumplía admirablemente esta misión, dando detalles capaces de poner los pelos de punta o de hacer ruborizar el trasero de un mono, según los casos. Todo ello acompañado de las fotografías de los artistas, asesinos y víctimas. Si no se registraba en París ni asesinato ni estupro, ni se revelaba ningún sátiro, el señor Bidasse debía poner en jue-

go su imaginación para ofrecer un suceso sensacional a sus lectores. El plato del día era obligatorio en el *menú* del periódico.

Claro está que el señor Bidasse no realizaba solo este trabajo. Había contratado una docena de pobres diablos, reporters sin empleo, que recorrían sin descanso París y sus alrededores, y que eran el terror de los comisarios de policía. El señor Bidasse les retribuía generosamente con 150 francos mensuales.

Los artículos iban idefectiblemente firmados con un nombre conocido: «M. Lecoq», aunque estaban escritos por obscuros reporters; pero el señor Bidasse les ponía la salsa, que era su especialidad.

El señor Bidasse estaba en su despacho cuando llegó Lafrita a *El Gran Diario*. Lafrita estaba encantado del día. Guardaba en sus bolsillos una preciosa pieza de convicción que, ciertamente, hubiera sido deber suyo llevar al juez instructor; pero éste le había recibido tan mal, que Lafrita decidió, según la fórmula del mismo fiscal, ejercer su oficio sin preocuparse de ayudar a los magistrados en el desempeño del suyo.

Así, pues, dejó que la instrucción se orientara como pudiera, y decidió emprender averiguaciones por cuenta propia. De esta manera, cuando hubiera adquirido una certidumbre y determinado la verdadera identidad de la víctima, daría un golpe de teatro y, con un artículo sensacional, revelaría su talento de escritor y su genio de policía. Toda

su carrera estaba sin hacer... Mientras tanto, se encontraba bajo las órdenes del señor Bidasse.

—¿Ha ido a Maisons?—preguntó éste.

—Ahora llego.

—¿Supongo que traerá usted la fotografía del cuerpo?

—No me han permitido verlo.

—¿Cómo? ¡Menos mal que yo pienso en todo, y se me ha ocurrido que tomaran una fotografía del escaparate de un carnicero! Y fuera de eso, ¿qué noticias trae usted? ¿Ha interviewado a los padres de la víctima, al portero del asesino y al comerciante que vendió el cuchillo?

—A ellos precisamente... no.

—¡Es indispensable! Bueno, redacte en seguida lo que sepa, y veremos.

Lafrita escribió rápidamente lo que había visto y oído, y entregó su artículo al señor Bidasse, el cual a las primeras líneas se puso a vociferar:

—¡Quién me manda tomar a memos como usted para redactores! Esto ni tiene estilo, ni color, ni sentido de la información... ¡Vaya una prosa! ¡Oigan ustedes!

EL CRIMEN DE MAISONS-LAFFITE

¡A esto le llama usted un título!

Unos transeuntes descubrieron en el Parque de Maisons-Laffitte un cuerpo horriblemente mutilado... Comenzadas las diligencias inmediatamente (¡idio-

ta!), *se ha comprobado que el cuerpo era el del mozo de cuadra Simons, al servicio de... El robo parece haber sido el móvil...* (¡Dios mío, qué memo!)

... y así continúa durante doscientas líneas. ¡Le voy a enseñar a usted cómo se hace un reportaje bien hecho!

El señor Bidasse cogió la pluma, de la que tan noble uso hacía, y una hora después había producido una obra maestra de literatura criminal, de la que damos a continuación algunos extractos:

EL MISTERIO DEL PARQUE SANGRIENTO

Un crimen horrible, que recuerda los más sangrientos de Crilles de Rais y de Jack el Destripador, acaba de cubrir con una sábana de sangre la riente localidad de Maisons-Laffitte, alegrada, en estos días de primavera, por los gritos y cantos de los entrenadores, de graciosas inglesas y de los mejores ejemplares de nuestra raza caballar.

Un honorable inglés, Mr. Wilson, y un conocido propietario de Chantilly, el señor Bicard de Buif, paseábanse, conversando, bajo los umbrosos árboles del Parque, cuando, de pronto, sintieron atraída su atención por los siniestros graznidos de los cuervos. Estos cuervos disputábanse los pedazos de un cadáver, del que los dos amigos, a pesar de su perspicacia, no pudieron determinar, en un principio, ni la edad ni el sexo... Se aproximaron... ¡Horror! ¡Aquel cadáver, devorado por las aves de presa, buceadoras de los espacios celestes, era el

de un hombre, el de un semejante! El tórax estaba abierto y, detalle horrible, al cuerpo le faltaban los cuatro miembros.

Cuando llevaron el cadáver a la Alcaldía de Maisons-Laffitte, su corazón había dejado de latir, y a pesar de los solícitos cuidados del doctor Boudon, no pudo ser vuelto a la vida.

.....

El distinguido fiscal que diririge las diligencias nos ha dado a conocer amablemente los primeros resultados de su trabajo, y podemos asegurar que la detención del asesino sólo es cuestión de horas.

.....

Hemos visitado a la señora de Simons, la viuda infortunada de la víctima, y, a pesar de la discreción impuesta por las circunstancias y el tacto que requiere la necesidad de no entorpecer con informaciones indiscretas la marcha de la instrucción, le hemos preguntado algunos detalles sobre las costumbres del difunto, sobre el tabaco que fumaba habitualmente y sobre los platos que prefería para desayunarse.

—¡Ay!—nos dijo la desgraciada y joven mujer, levantando hacia el cielo sus hermosos ojos azules bañados en lágrimas—, desde la pérdida cruel que me ha causado el crimen de un odioso monstruo, mi boca ha olvidado la sonrisa. Aquí tienen ustedes, señores, la cubeta en la cual, aún no hace tres semanas, tomó su último baño de pies, un baño con mostaza, pues mi esposo era propenso a las congestiones después de las comidas... Y cuando recuerdo que el miércoles último, en la alcoba conyugal...

Entonces nos despedimos discretamente, dejando a la pobre mujer entregada a su dolor y a sus recuerdos...

—¿Qué les parece a ustedes?—exclamó el señor Bidasse mirando triunfalmente a sus redactores—; apasionador, ¿verdad? Una vez recibí una carta de felicitación de la cocinera de Paul Bourget, por la forma literaria y dramática que sé dar a los relatos de crímenes.

Lafrita contuvo una sonrisa, pues era él quien había escrito esta carta.

El señor Bidasse volvió a leer su obra...

—Falta algo al final... ¡Ah, ya encontré! La nota especial que da al relato cierto sabor picante para el público hastiado que nos lee.

Y escribió:

Las conjeturas son numerosas sobre los móviles del crimen. Según informes particulares, creemos poderlo atribuir a uno de los sátiros que rondan el parque de Maisons-Laffitte, en acecho de saciar sus innobles instintos.

—¡Eso sí que no se me hubiera ocurrido a mí!—exclamó Lafrita.

—Joven—contestó el señor Bidasse, que había tomado la frase como un elogio—, gracias al trabajo se puede ir muy lejos; pero para hacer lo que yo hago se necesita poseer dotes... Bueno, esta noche vaya a la comisaría de Epinettes, pues han detenido en la avenida Clichy a un borracho que gritaba: «¡abajo los guindillas!». Recoja todos los detalles y redacte un suelto. Un trabajo así está al alcance de usted.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V

EL «PISTADOR» DESPISTADO

BUIF parecía preocupado en el tren que le llevaba a las carreras de Saint-Ouen. Contra su costumbre, permanecía silencioso.

Incluso dejó pasar sin protesta varias herejías deportivas proferidas por algunas de las personas que viajaban en el mismo vagón.

En el espacio de cinco minutos, una vieja señora se atrevió a decir que los hermanos Pantall preparaban sus caballos metiéndoles cabezas de ajo no sé en qué parte, y que los caballos castrados devenían, al envejecer, excelentes garañones.

Para que *Buif* no amenazara a la vieja con arrojarla por la ventanilla o, por lo menos, le aconsejara callarse y no decir disparates, era preciso que, realmente, se sintiera preocupado.

El suceso de la víspera le preocupaba. Hubiera preferido mil veces haber encontrado el nombre

del caballo ganador del *handicap*, que aquel tronco de hombre despedazado, con el que soñó toda la noche. Además, acabó por creer que el cuerpo era realmente el de Simons, puesto que todo el mundo lo decía, y Simons era un camarada suyo. Por último, aquella misma mañana, había sentido en Maisons-Laffitte pesar alrededor de él una atmósfera de malevolencia y hostilidad. El doctor Boudon no había contestado a su saludo, los gendarmes habíanle mirado de reojo y, en la estación, un grupo de individuos que hablaban mirándole disimuladamente, se callaron al aproximarse él.

De no ir tan preocupado, *Buif* habría notado que dos señores, por una coincidencia sospechosa, seguían exactamente sus pasos desde aquella mañana y le vigilaban cada vez más de cerca.

Aquellos señores, muy sobrios al parecer, nada habían bebido en las diferentes tabernas que Bicard honró con su visita (es lo mejor, antes de las carreras, para tener las ideas lúcidas); pero, plantados en la acera de enfrente, miraban muy interesados cómo tomaba *Buif* las copas.

Luego, a la hora de la salida para Saint-Ouen, se instalaron en el departamento vecino, en el que, con su actitud, despertaron una intensa curiosidad entre los viajeros. En efecto, no sacaron de sus bolsillos *La Suerte*, ni *El Eco de las Carreras*, ni el más insignificante *memento* manuscrito; no entablaron conversación sobre las hazañas de los caballos que tomaban parte en la fiesta aquel día, y cuando,

amablemente, alguien preguntó a uno de ellos si creía que el ganador sería *Ruidoso*, contestó:

—¡A mí qué me importa!

Lo que produjo un verdadero escándalo entre todos aquellos aficionados.

—¿Qué es, pues, lo que les interesa en la vida? —murmuraron—. ¿Y a qué van a las carreras?

Cuando el tren paró, se apearon.

Lo mismo hizo *Buif*. Pagó sus tres francos de entrada, mientras sus dos seguidores parecían estupefactos de la enormidad de la suma que se les exigía.

Sin embargo, no tardaron en tranquilizarse.

—¡El Estado paga!—dijo uno de ellos.

—¡Tienes razón!—contestó el otro.

Por su aspecto, receloso y marcial a la vez; por sus grandes bigotes, por sus imponentes bastones, se podía decididamente pronosticar que eran policías.

Entretanto, nuestro amigo Bicard había sacudido su melancolía y se había dicho que, ante todo, hay que vivir. Se dirigió a su oficina, como él decía, y comenzó sus trabajos preparatorios. Es decir, que sacó de sus bolsillos una inmensa hoja de papel plegada en cuatro dobleces, una botellita llena de un líquido azul y un pincel que todavía conservaba algunos pelos.

En un árbol de la *pelouse*, árbol admirablemente a propósito, puesto que se encontraba en el paso del público, entre la entrada y las taquillas del Mu-

tual, *Buif* fijó con dos clavos su hoja, totalmente desplegada. Luego, mojando el pincel en la tinta azul, se puso, según el procedimiento japonés, a confeccionar un artístico anuncio:

A
TODAS
LAS PERSONAS
INTELIGENTES
EL REY DE LAS MARTINGALAS
DA
LA SEGURIDAD MATEMATICA
DEL CABALLO GANADOR
DEL
PREMIO DE LAS CEVENNES

Buif retrocedió unos pasos y examinó su obra con aire satisfecho, inclinando la cabeza y guiñando un ojo, como el pintor que ha conseguido un afortunado efecto.

Algunos aficionados se acercaron, quedando con la boca abierta... Los dos caballeros que habían seguido a Bicard como a su propia sombra aprovecharon para colocarse modestamente en segundo lugar.

Buif completó su cartel:

DE
14 HANDICAPS
CORRIDOS
DESDE EL COMIENZO DE LA TEMPORADA
EL REY DE LAS MARTINGALAS
PREDIJO

Buif reflexionó un instante buscando una cifra que fuera a la vez sensacional y verosímil, y acabó por escribir:

13 GANADORES

—¡Eso no es verdad!—gritó una voz indignada—. Yo le he comprado todas sus martingalas durante ocho días seguidos y sólo he ganado un premio de 7,50.

Buif escribió tranquilamente algunas palabras complementarias en el cartel y se volvió hacia el público.

—Mi honorable contradictor se equivoca seguramente—dijo con acento de absoluta lealtad—. Señores, lean mi cartel... Prometo el nombre del caballo ganador exclusivamente a las personas inteligentes. Jamás, ni a peso de oro, habría aceptado yo dar los informes que poseo a este caballero, que parece un melón de primera calidad... No, caballero; con toda seguridad no soy yo quien vendió a usted esos informes falsos de que usted se queja con razón. No es culpa de usted, pero su cara dice

bien claramente que es usted un *primo*... Aunque usted me hubiera ofrecido mil francos por mis martingalas, no se las hubiera dado al ver su cara de tonto...

—¡Sí, sí; fué usted! ¡Le reconozco!

—Veamos—dijo *Buif* con tono conciliador—: ¿cuánto pagó por las martingalas?

—¡Se las pagué a veinte céntimos!

Bicard, con aire triunfante, descubrió su cartel y señaló la frase que acababa de escribir:

EL PRECIO DE LA MARTINGALA
ES SIEMPRE
DE
50 CENTIMOS

—¡Si usted compra martingalas de saldo, suya es la culpa si resultan falsas!

Mientras el desgraciado contradictor, saludado por las risas de la asistencia, se iba lamentablemente en busca de otro martingalista, *Buif*, juzgando que su público era ya bastante numeroso, desarrolló su programa:

—Queridos amigos, vosotros me conocéis desde hace tiempo y sabéis cuál es mi divisa.

Buif levantó sus brazos.

—¡Nada de pamplinas!... ¡Nombres de caballos ganadores! Vosotros sabéis muy bien que el jugador librado a sí mismo pierde hasta las pestañas. Que el jugador no tiene defensa, es un error... Os

hablo con conocimiento de causa, pues también yo he sido jugador y tan tonto como vosotros en mi juventud... Pero un día reflexioné y llegué a la conclusión que el dinero que perdía yo lo ganaban otros. Entonces cavilé, exprimí mi cerebro...

Y Bicard, con el dedo índice, señalaba su preciosa cabeza, en la que había florecido la mirífica combinación que iba a exponer.

—Me exprimí el cerebro y me dije: «Amigo mío, las gentes que recogen la *pasta* que tú pierdes son gentes que apuestan al caballo ganador, mientras que tú lo haces a los caballos que se quedan a mitad de la pista... Si no eres un *primo*, no tienes más que hacer como ellos.»

Este razonamiento tan luminoso y lógico impresionó mucho al auditorio.

Buif se dió cuenta de que había dominado a éste y continuó, bajando la voz:

—Vosotros sabéis como yo (me dirijo a los que no son tontos de remate) que existe una asociación secreta, una banda negra, cuya finalidad consiste en hacer trampas en las carreras y preparar los golpes. En esta asociación figuran los *jockeys*, los entrenadores y los periodistas... A veces, raramente, invitan a los propietarios... Las reuniones se celebran por la noche, unas veces en Chantilly, otras en Maisons y otras en París, y en ellas se decide los caballos que han de ganar al siguiente día.

Entre los asistentes se dejaron oir fuertes mur-